Del uso metalingüístico

1.— Entre las facultades más impresionantes, entre las funciones más originales que se atribuyen a las lenguas frente a otros procedimientos de comunicación se halla lo que R. Jakobson denominó la *función metalingüística*[1], la propiedad reflexiva de hablar de sí mismas. Ningún otro sistema semiológico conoce esta portentosa facultad. Una señal de tráfico alude a la permisión o prohibición de adelantar, a la obligación de seguir determinada ruta o carril pero nunca nos hablará de sí misma. Ni siquiera los sistemas cuya potencialidad les permite multiplicarse hasta el infinito en sus mensajes están capacitados para hacerlo. Haremos referencia mediante el sistema de numeración a la cantidad más grande que imaginarse pueda, pero ninguno de tales mensajes numéricos tiene la capacidad de referirse a sí mismo.

La función metalingüística es un apéndice o corolario de otra ley del lenguaje de carácter más general: el *principio de no inefabilidad:* las lenguas están dotadas de tal potencia que les permite hablar de todo. No hay realidad que no puedan des-

(1) Cf. R. Jakobson: *Essais de Linguistique générale,* Ed. de Minuit, Paris, 1963, pp. 217-218. «Une distinction a été faite dans la logique moderne entre deux niveaux de langage, le «langage-objet», parlant des objets, et le «métalangage» parlant du langage lui-même» (p. 217). En la función metalingüística el objeto de referencia es el código (p. 218).

cribir, ni código que no sea susceptible de ser traducido y ellas mismas están capacitadas para convertirse en objeto de su propio discurso. En español hablamos del lenguaje, de la lengua, de lenguas como el francés, el chino o el náhuatl y también del español mismo.

2.— El conocimiento de esta propiedad no es, ciertamente, nuevo. De ella habló Agustín de Hipona en el siglo V[2]. A ella hacía referencia la distinción de los lógicos medievales entre *suposición material* y *suposición formal*. "Así, en:

Deus est omnipotens

el nombre 'Deus' está en *suppositio formalis*. En:

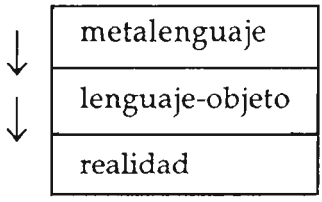
Deus est nomen latinum

el nombre *Deus* está en *suppositio materialis*"[3].

A distinción semejante ha llegado la lógica moderna con los binomios metodológicos *lenguaje-objeto/metalenguaje* y *uso/mención*. Como intento de explicación de las llamadas paradojas semánticas (paradoja del "mentiroso", paradoja de P. E. B. Jourdain)[4], B. Russell forja la llamada teoría de la *jerarquía de lenguajes*[5]: "Según esta teoría, es necesario distinguir entre un lenguaje dado y el lenguaje de este lenguaje. El lenguaje dado es usualmente llamado "lenguaje-objeto". El lenguaje del objeto-lenguaje es llamado "metalenguaje". El metalenguaje es el lenguaje *en el cual* se habla de un lenguaje-objeto. El lenguaje-objeto es el lenguaje del cual habla el metalenguaje"[6]. E. Coseriu denomina "lenguaje primario" a lo que otros autores aplican el término lenguaje-objeto. "El "lenguaje primario" —nos dice— es el lenguaje cuyo objeto es la realidad no lingüística; el "metalenguaje" es un lengua-

(2) Cf. E. Coseriu: *Principios de Semántica Estructural*, p. 107.
(3) J. Ferrater Mora: *Diccionario de Filosofía*, vol. 3, Alianza Editorial, Madrid, 1982, p. 2178.
(4) Id., p. 2489.
(5) Id., p. 2211.
(6) Ibid.

je cuyo objeto es, a su vez, un lenguaje: las "cosas" designadas por el metalenguaje son elementos del lenguaje primario (o, en general, de un lenguaje)"[7]. De forma gráfica:



A través de la siguiente relación de ejemplos se puede llegar fácilmente a una idea de ambas dimensiones:

1) Mamá tiene dos hijos
'Mamá' tiene dos sílabas

2) El gato tiene cuatro patas
'gato' tiene cuatro letras

3) Granada es una ciudad hermosa
'Granada' tiene siete letras[8]

4) El lobo ha devorado al cordero
"lobo" se pronuncia [lóβo][9]

5) ¿Cuál es el significado de 'sesquipedal'?
Es aficionado al giro sesquipedal de la frase[10]

Paralelo a estos dos signos es el binomio *uso/mención*. Una expresión del lenguaje-objeto pertenece al *uso* lingüístico, mientras que un segmento con función metalingüística estaría *mencionado*.

lenguaje-objeto	uso
metalenguaje	mención

(7) E. Coseriu, *op. cit.*, p. 107.
(8) Ejemplo tomado de J. Ferrater Mora, *op. cit.*, p. 2178.
(9) Ejemplo tomado de E. Coseriu,*op. cit.*, p. 107.
(10) Ejemplo tomado de J. Lyons: Semántica, Ed. Teide, 1980, p. 8.

La importancia de esta distinción afecta al razonamiento lógico. En el silogismo de J. Lyons [11].

(1) Le disgusta 'Juan'

(2) El hombre que está allí es Juan

(3) Luego me disgusta el hombre que está allí

se llega a una mala inferencia porque en (1) *Juan* está mencionado, mientras que en (2) pertenece al lenguaje primario. No hacen referencia a un mismo ente. No son un mismo signo.

Está bastante generalizado entre los lógicos el uso de semicomillas para destacar los segmentos mencionados. Lyons, siguiendo a Quine propone asimismo la comilla doble para los casos en que nos situemos en un segundo nivel de metalenguaje: " 'Boston' es una expresión que nombra a Boston y "Boston" lo que nombra a 'Boston'" [12]. Entre las propuestas de J. Lyons destacamos dos:

a) La de eliminar de la terminología el doblete *uso/mención,* pues *uso* conoce sentidos no técnicos y, por otro lado, *mencionar* una palabra o un conjunto de palabras no deja de ser una forma de usarla o usarlas.

b) Diferenciar dos formas dentro del *uso reflexivo* (término que emplea en lugar de *mención*). A través de los ejemplos se comprende perfectamente esta distinción:

Esta oración contiene la palabra *contiene*

Esta oración contiene la palabra 'contener' [13]

3.— E. Coseriu establece distinción entre *metalenguaje del discurso* o empleo metalingüístico del lenguaje [14] y *metalenguaje de la lengua.* Las secuencias anteriormente citadas como

(11) Id., p. 9.
(12) Id., pp. 10-11.
(13) Id., p. 12.
(14) E. Coseriu, *op. cit.*, p. 107.

ejemplos de *mención* pertenecerían al *metalenguaje del discurso:* una forma de la lengua como *gato, mamá,* etc. era usada metalingüísticamente: "*gato* tiene cuatro letras", "*mamá* tiene dos sílabas". Pero las lenguas no dejan de ser objetos de la realidad como lo son los materiales de una oficina, los elementos que componen un paisaje, una enfermedad o una tormenta. Cada lengua posee un conjunto de signos para referirse a los materiales de una oficina, conforma singularmente las designaciones del paisaje, de la enfermedad y de la tormenta. Nada de extraño tiene pues que existan en la lengua signos para describir los diferentes componentes y aspectos de la misma. Así en el léxico del castellano, del acervo común a todos sus hablantes, hallamos signos como *palabra, discurso, lengua, lenguaje,* etc. Este conjunto de signos de una lengua que versan sobre el lenguaje forman o constituyen el *metalenguaje de lengua* [15].

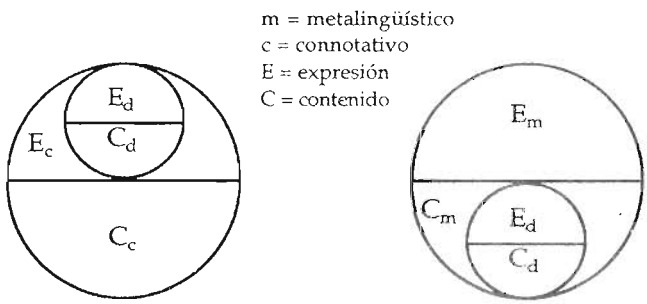
De la misma forma que existe un léxico científico de la enfermedad (en el dominio sectorial de la medicina), también puede haber y hay un léxico científico de la lengua, forjado fundamentalmente por los lingüistas: "para definir los valores "langue" y "parole" en francés es preciso examinar sus oposiciones y su funcionamiento en la lengua francesa (donde, por lo demás, la estructura semántica no es "langue"-"parole", ya que incluye también "mot", "discours", "propos", "expression", etc.). En lingüística, por el contrario, "langue" y "parole" se definen independientemente de la lengua francesa" [16]. Este sería, según Coseriu, el *metalenguaje científico de lengua* [17]. Una terminología científica de la lengua y del lenguaje.

4.— Pero hay un hecho en el *metalenguaje de lengua* al que no alude Coseriu y que no se puede olvidar: que *cada signo es signo de sí mismo.* Si, parafraseando el aforismo escolástico,

(15) Id., p. 108.
(16) Ibid.
(17) Ibid.

nada hay en el habla que no exista previamente en la lengua, las posibilidades del llamado *metalenguaje de discurso* han de estar previstas en la "langue". Si los lenguajes naturales poseen *función metalingüística,* ésta no puede ser únicamente hecho de habla, de discurso.

La teoría hjelmsleviana del metalenguaje pretendía dar una descripción y explicación precisamente al hecho de que cada signo puede ser signo de sí mismo, es decir, una descripción y explicación del sistema que rige el uso metalingüístico. Como bien se conoce, el autor danés concibe a la connotación y al metalenguaje como semióticas (con plano de expresión y plano del contenido). La influencia de los lógicos polacos de los años treinta parece haber sido capital en su teoría del metalenguaje y, como consecuencia, también de la connotación: "después del desarrollo experimentado por la logística en los trabajos de los lógicos polacos —nos dice—, estamos prontos a aceptar la existencia de una semiótica cuyo *plano del contenido* sea una semiótica. Es el llamado metalenguaje (...), por el cual se entiende una semiótica que trata de una semiótica; en nuestra terminología, una semiótica cuyo contenido es una semiótica" [18]. Ciñéndonos a la unidad significativa, signo metalingüístico y signo connotativo se presentarían como hechos inversos:



signo connotativo signo metalingüístico

(18) L. Hjelmslev: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje,* Gredos, Madrid, 1971, p. 166.

La teoría hjelmsleviana del metalenguaje conoce muchas de las limitaciones que en otro lugar hemos apuntado sobre su concepto de connotación [19]. No es, por ejemplo, necesario que el contenido del signo metalingüístico sea, a su vez, signo, como tampoco era indispensable que la expresión del signo connotativo fuera a su vez signo. De otra forma, también los elementos que no están asociados a un significado pueden connotar o convertirse en objeto de referencia metalingüística. Conocido es cómo la articulación de una "l" implosiva fuertemente velarizada connota el origen "catalán" de nuestro interlocutor. Pues bien, de la misma forma que "l" puede connotar, sin ser signo, también puede ser objeto de un uso metalingüístico sin cumplir la condición de ser ente significativo (lo importante es que sea un elemento perteneciente a un sistema lingüístico):

—/l/ es un fonema líquido del español.

Podría llegarse a la conclusión de que en el signo metalingüístico existe identidad entre su expresión y la expresión del signo denotado. De otra manera, *mamá* tendría el mismo significante en *Mamá tiene dos hijos* que en *'Mamá' tiene dos sílabas*. Esto, sin embargo, implica olvidar que se trata de dos signos diferentes y confundir *expresión* con *significante*, distinción propuesta por R. Trujillo y que nosotros venimos defendiendo desde nuestras primeras investigaciones [20]. Como veremos más adelante, las posibilidades opositivas y combinatorias de *mamá* son totalmente diferentes en uno y otro caso.

Dediquemos, de paso, unas líneas a destacar la enorme importancia de la función metalingüística. Si los lenguajes naturales no la poseyeran, si no hubiera metalenguaje de lengua ni metalenguaje de discurso

(19) S. Gutiérrez Ordóñez: *Lingüística y Semántica*, Oviedo, 1981, p. 139.

(20) Cf. R. Trujillo: *Elementos de Semántica Lingüística*, Cátedra, Madrid, 1976, pp. 39,, 59, 60, 99 y 161. Cf. S. Gutiérrez Ordóñez, *op. cit.*, p. 78 y ss., p. 157 y ss.

a) No existiría posibilidad de aprender otras lenguas: ¿Cómo conocer, por ejemplo, la correspondencia española del inglés *table* o su significado o su pronunciación, si no tuviéramos la posibilidad de referirnos a tal signo?

b) El estudio del lenguaje o de cualquier lengua en particular sería una empresa imposible. Habría un hueco en el conocimiento. Aunque llegáramos a estupendas y avanzadas formulaciones sobre la Química, Física, Astronomía, etc. la Lingüística se convertiría en una empresa imposible por "inefabilidad", por la simple y sencilla razón de que estaríamos incapacitados para hablar de la lengua.

c) Las consecuencias serían aún mucho más terribles: existen datos fiables de que sin esta capacidad ni siquiera estaríamos capacitados para asimilar nuestra propia lengua materna (con las graves consecuencias culturales que esto significaría) [21].

5.— Hora es ya de preguntarse: ¿qué es lo que permite al oyente saber que en *Mamá tiene dos hijos* el signo *mamá* pertenece al lenguaje objeto, mientras que en *'Mamá' tiene dos sílabas* pertenece al uso metalingüístico? De otra manera: ¿existen reglas a las que tenga que someterse el hablante cuando pretenda que un signo se convierta en referente de sí mismo? Estas reglas, estas características morfosintácticas del uso metalingüístico constituirían su "gramática".

Una advertencia inicial destinada a deshacer posibles equívocos. El metalenguaje (o los metalenguajes) no poseen una gramática propia, ni estructuras sintácticas peculiares y autónomas. El ordenamiento sintagmático es el propio del lenguaje objeto, porque el fenómeno del metalenguaje se ciñe casi exclusivamente al campo léxico. Los usos metalin-

(21) «Tout procès d' apprentissage du langage, en particulier l' acquisition par l'enfant de la langue maternelle, a abondamment recours à de sembables opérations métalinguistiques; et l' aphasie peut souvent se définir par la perte de l' aptitude aux opérations metalinguistiques» (Jakobson, *op. cit.*, p. 218).

güísticos no son otra cosa que incrustaciones, engastes de signos especiales en el cañamazo sintáctico del lenguaje ordinario. Idéntica estructura funcional es la que registramos en *Mamá tiene dos hijos* y *'Mamá' tiene dos sílabas.*

La *Gramática del uso metalingüístico* se ha de ceñir, por tanto, a las propiedades gramaticales de esos quistes o incrustaciones que son los signos o expresiones utilizadas metalingüísticamente. El punto de referencia, de comparación, será siempre, claro está, el comportamiento de estos mismos signos cuando son utilizados en el lenguaje primario.

5.1.— Todo segmento usado metalingüísticamente se comporta dentro de lenguaje-objeto como un sustantivo, cualquiera sea su categoría de origen, cualquiera su naturaleza y extensión. Prueba de ello es que están capacitados para ocupar toda función nominal:

• *sujeto:*

—*Ayer* (adverbio) es un signo invariable

—*Tenebroso* (adjetivo) tiene un significado patético

—*Cantamos* (verbo) está en primera persona del plural.

—*Mesas* (sustantivo) es femenino.

• *Implemento:*

—Intencionadamente he dicho *estudiaban* y no *estudiabas.*

• *Complemento:* ¿Por qué le has puesto *h* a *ermita*?

• *Suplemento:* En clase hoy no trataremos de *cantar*

• *Aditamento: Vivir* se escribe con *v,* aunque se pronuncie como *beber.*

Admiten asimismo ser transpuestos a otras categorías:

—Aquí falta la *h* de *hermosos*

ejemplo en el que se observa que *h*, al funcionar como un nombre puede tener términos adyacentes y que *hermosos*, a pesar de ser adjetivo en el lenguaje primario, aquí es sustantivo transpuesto a la categoría de los adjetivos.

Los segmentos que no eran signos también se comportan como nombres, naturalmente:

—Pronuncias mal esa *r*.

—Al escribir *librería* te has comido *er*.

Tampoco importa que el segmento reproducido sea un constituyente completo dentro del lenguaje primario. A propósito de la secuencia:

—Caminaban por entre cadáveres

podremos realizar la siguiente observación:

—Fíjense en la secuencia de dos preposiciones *por entre*

5.2.— Cualesquiera sean los morfemas originarios, los segmentos usados metalingüísticamente ven neutralizadas todas sus marcas morfemáticas. Este hecho no sucede sólo en adjetivos y verbos, donde tal neutralización sería esperable al existir cambio de categoría, sino también en los mismos sustantivos. La concordancia se establece siempre en el morfema más extenso de cuantos entran en la oposición. La tercera, para el eje morfemático "persona", el singular para el "número". En el género hemos de distinguir: si la oposición era binaria (masculino/femenino) será la forma del masculino la que represente tal concordancia. Pero en los casos donde intervenga asimismo el neutro (demostrativos y personales, por ejemplo) será esta forma la reproductora del uso metalingüístico:

— *Cantamos* (pl., 1ª pers.) tiene (sing., 3ª pers.) dos nasales *-rojos* (masc., plur.) era (sing.) un insulto empleado por franquistas.

Compárese entre las siguientes parejas de ejemplos:

- Mamá es bonit*A*
  'Mamá' es bonit*O*

- Hablaban de mamá → Hablaban de ella
  Hablaban de *'mamá'* → Hablaban de ello

En ocasiones concuerdan con un género que no corresponde al elemento morfemático más neutro y que puede coincidir o no con sus morfemas dentro del lenguaje–objeto:

— *Regalo* es muy usad*A*; pero *dádiva* es más sonor*A* y poétic*A*

Se debe a la presencia no mencionada, pero sí consabida o presupuesta de signos, femeninos en este caso, como *palabra, expresión* etc.

— La palabra *regalo* es muy usada; pero la palabra *dádiva* es más sonora y poética.

Adviértase que con sólo cambiar *palabra* por *signo* (masculino) variaría automáticamente la concordancia:

— El signo *regalo* es muy usado; pero el signo *dádiva* es más sonoro y poético.

Y se se presupone *signo,* la secuencia quedaría:

— *Regalo* es muy usad*O*; pero *dádiva* es más sonor*O* y poétic*O*.

5.3.— Esta posibilidad de anteponer a los usos metalingüísticos signos pertenecientes a lo que Coseriu denominaba *metalenguaje de lengua* (incluido el *metalenguaje científico de lengua*), es decir, secuencias significativas del tipo *palabra, signo, expresión, fonema, morfema, oración, decurso, frase, sintagma,* etc., constituye una de las características de los casos de *mención* o *uso reflexivo* frente a las expresiones utilizadas en lenguaje-objeto. En la secuencia

—El gato tiene cuatro patas

podemos introducir signos genéricos pertenecientes a su campo de experiencia (*animal, vertebrado, felino,* etc.):

—El animal gato tiene cuatro patas,

pero nunca secuencias como *palabra, signo, etc.* Nos conduciría a una anomalía semántica:

—*el signo gato tiene cuatro patas

5.4.— En usos metalingüísticos son posibles secuencias de homónimos sin función enfatizadora:

—Los complementos de compañía se construyen con *con.*

—Un sustantivo seguido de *de.*

—El signo *signo* es bisílabo.

—La palabra *palabra* deriva de *parabola.*

Estamos, claro está, ante casos diferentes de *un toro toro, un café café, es feo feo,* etc. Aquí ninguno de los segmentos tiene uso reflexivo, mientras que sí hay empleo metalingüístico en el segundo de los elementos *el signo 'signo', la palabra 'palabra',* etc.

5.5.— Las expresiones metalingüísticas no necesitan de los requisitos formales de actualización de que precisan los sustantivos para contraer la función sujeto y algunas otras.

a) Los nombres continuos, que en el uso ordinario vienen pospuestos (Manaba sangre de la herida)[22], admiten como hecho perfectamente normal, la anteposición cuando están mencionados:

—*Sangre* es un sustantivo no contable.

(22) Cf. J.A. Martínez: «Acerca de la transposición y el aditamento sin preposición», *Archivum,* XXXI-XXXII, 1981-1982, pp. 501-502.

b) Los nombres discontinuos, que precisaban de determinación para funcionar como sujeto, en los usos que analizamos no la necesitan. Frente a *El soldado viene de la muralla* tenemos

—*soldado* viene de **solidatum*

donde ni el sujeto ni el aditamento necesitan del artículo. Obsérvese la irregularidad de tal ausencia en el lenguaje primario:

—*soldado viene de muralla

5.6.— Aunque están capacitadas, como hemos visto, para desempeñar cualquier función sintáctica, las expresiones metalingüísticas no admiten coordinación, dentro de una misma casilla o hueco funcional, con un segmento no mencionado. Serán irregulares, por consiguiente:

—Visité Sevilla y (el signo) 'Granada'

—Mamá y (la palabra) 'mamá' vinieron a verme

Asimismo se producen irregularidades cuando se coordinan atributos o predicaciones correspondientes la una al lenguaje objeto y la otra a su uso metalingüístico:

—*Mamá tiene tres hijos, pero dos sílabas

—**Pedro* es nombre propio y albañil

5.7.— Como señala I. Bosque, los adjetivos en función de atributo seleccionan el interrogativo *cómo* (en oposición a los sustantivos a los que corresponde normalmente la pregunta *qué*), "salvo en los usos metalingüísticos"[23]. En efecto, a las preguntas

—¿Cómo es el perro?

—¿Qué es el perro?

(23) I. Bosque: «La selección de las palabras interrogativas», texto mecanografiado, 1983.

las respuestas se sitúan en diferente nivel. Violaría tanto las reglas lingüísticas del diálogo responder a la primera *El perro es sustantivo* como a la segunda *El perro es hermoso*. También en la selección de interrogativos se transluce, pues, la diferencia entre lenguaje objeto y uso metalingüístico.

6.— En un intento de explicar por qué cualquier elemento usado metalingüísticamente se comporta como un sustantivo, sosteníamos en un trabajo aparecido en 1978 la existencia de una transposición: "Un funtivo léxico de naturaleza no sustantiva puede ser transpuesto a función nominal.. *por referencia metalingüística:* BUENOS *es un adjetivo;* CANTAMOS *funciona como núcleo del predicado;* AYER *es un segmento invariable*" [24]. Eramos conscientes de la ausencia de transpositor lexicalizado, pero, ante la evidencia del cambio de categoría, pensábamos que la responsabilidad de estas transcategorizaciones derivaba de la inmovilidad formal de las incrustaciones metalingüísticas. La explicación sería perfectamente válida y aceptable si no nos encontráramos con el comportamiento de los sustantivos. Estos, en el uso metalingüístico, inmovilizan también sus marcas pero no cambian de categoría (sólo estaríamos autorizados a hablar de transclasificación, a causa del cambio formal). Claro está que se podría argumentar: los sustantivos no cambian de categoría precisamente por ser tales, ya que es la categoría nominal el destino de todo segmento metalingüístico.

Cabe, sin embargo, otra explicación. Es la ofrecida por E. Coseriu: "A menudo se dice, por ejemplo, que toda "parte de la oración", aun una palabra morfemática (una preposición, una conjunción), puede funcionar como sujeto de una oración, y se interpretan casos como *el sí, el no* como "sustantiva-

(24) S. Gutiérrez Ordóñez: «Visualización sintáctica: un nuevo modelo de representación espacial», en *Actas del IV Coloquio Internacional de Lingüística Funcional*, Oviedo, 1978, p. 264. Véase también: «Conceptos básicos en la teoría de la transposición sintáctica», *Lecciones del I y II Curso de Lingüística Funcional*, Oviedo, 1985, pp. 79-80.

ciones de adverbios". Nada más falso (...). Lo que es cierto es que *todo* elemento significante del lenguaje primario (una palabra, una parte de palabra, una expresión entera) puede convertirse en nombre de sí mismo —y, por consiguiente, en sustantivo— en el plano del metalenguaje ("*verde* es un adjetivo", "un *sí*, "—*mos* es una desinencia", "—*mente* es un sufijo", "la *b*", "este *creemos que...* no me gusta", etc.)"[25].

Según esta teoría no necesitamos acudir al concepto de transposición: cada expresión lingüística puede convertirse en nombre de sí mismo. La inmovilización formal sería simplemente signo de que un determinado segmento (sustantivo o no) estaba usado metalingüísticamente. Quede, sin embargo, claro que tanto una explicación como la otra son posibles.

El comportamiento en el lenguaje primario de estos sustantivos los convierte en vecinos próximos de los nombres propios. Desde una perspectiva semántica su referencia es singularizada. Por otra parte, hemos visto ya cómo no necesitan del artículo (u otros determinantes) para contraer la función sujeto u otras similares.

SALVADOR GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ

(25) E. Coseriu, *op. cit.*, p. 107.